CARTA LVI.

DE LA MARQUESA D.*** A MADAMA DE MONTIER.

Querida madre mia: Por prevenida que yo estuviese á nuestra separacion, no he podido menos de sentir vivísimamente vuestra ausencia: ¿Qué es la felicidad en esta vida? ¿podemos lisonjearnos de fijarla, cuando ella depende de todo lo que nos rodea? ¡Cuán peligroso es el entregarse á las satisfacciones mas inocentes! La felicidad de que he gozado durante vuestra corta mansion aquí, va á derramar la amargura sobre todos los momentos de mi vida. Os buscaré por todas partes, os desearé en todas, y no os encontraré en ninguna. Que á lo menos vuestras cartas dulcifiquen mi pena: multiplicadlas, querida madre mia, pues me son mas necesarias que nunca.

Me he visto desde vuestra partida en uno de los mayores apuros que he experimentado jamás. Apénas hacia dos horas que os habíais puesto en camino, cuando mi esposo recibió una carta de su abogado, en que le advertia que partiese en posta á Grenoble, porque un pleito considerable que tenemos en aquel Parlamento estaba pa-

pugnancia, si lo tiene por conveniente en sus designios. Su Divina Magestad me es testigo de de que solo me alegro de la fortuna de mis queridas hijas, porque parece que es la recompensa de su virtud. El Conde y te esposo te han ocultado sin duda la liberalidad que usan con nosotros: ellos han suministrado magnificamente á los gastos de nuestro viage, del que no te han hablado para sorprenderte, y han regalado á tus dos hermanos una suma suficiente para comprar una campiña. Asegúralos de mi reconocimiento en el interin que puedo yo hacerlo de viva voz.

ADVERTENCIA.

Por el contenido de la carta que sigue de la Marquesa à Madama de Montier, se observa una notable interrupcion de esta correspondencia epistolar. Este es sin duda el tiempo que Madama de Montier pasó con su hija; y como en las cartas que se siguen, à la hermana de la Marquesa se la llama Condesa, debe inferirse que en este intervalo se celebró su matrimonio. Se conocerá tambien por las siguientes que el Marques habia estado ausente algun tiempo, y tambien parece que el Rey de Cerdeña le habia mandado que volviese à Turin.

Aunque el negocio sea de consera verse. cuencia, me dijo que no podia resolverse á abandonarme á mi dolor, y que no iría á Grenoble, si yo no estaba en estado de acompañarle. Yo tenia una grande repugnancia á este viage; hubiera sido preciso en esta ciudad recibir visitas, prestarse á los placeres, y en la situacion en que me ha puesto vuestra ausencia, suspiro por la soledad: hay dolores que parece que se alivian entregándose á ellos sin reserva. Insté pues á mi esposo á que partiese sin mí; le resistí aun hasta enfadarle, y parecia que yo tenia algun presentimiento de lo que me debia suceder. El Marqués me dejó con una especie de enfado que me causó inquietud, y me reprendia mi poca complacencia, sin tener valor para vencerme. Como habia resuelto estar sola, mandé á mis criadas que á nadie dejasen entrar, y las dije que queria descansar; mi intencion era el librarme de sus consuelos: todo me fastidiaba, y queria llorar á toda mi satisfaccion, porque este en mi dictámen es un placer cuando se está afligido. Permanecí un cuarto de hora en mi gabinete, pero siguiéndome mi inquietud por todas partes, bajé al parque por la escalera secreta, y llegué insensiblemente hasta el bosquecillo que está en el borde del rio. Habién-

dome sentado sobre la verba, caí en una profunda distraccion, que fué interrumpida por unos suspiros que salian del próximo bosquecillo: me acerqué al vallado bastante asustada, y quedé inmoble á la vista de una jóven, en cuyo rostro estaba pintada la desesperacion. ¡Qué hermosa estaba ella en este estado! Levantaba al cielo sus ojos bañados de lágrimas: unas veces parecia que le acusaba de sus infelicidades, otras que le pedia socorro; y yo iba acercarme á ella, cuando se levantó de repente con el furor en el rostro. Esto es hecho, dijo, es menester librarme por una muerte pronta del horror de mi situacion; vamos..... ¿Pero qué será de mi alma....? ¿Qué será de mi desgraciado hijo? No la dejé tiempo de acabar; dime prisa á dar la vuelta al bosquecillo, y me encontré à la entrada del en que ella estaba, cuando salia para precipitarse en el rio, como me lo confesó despues. Dió un grito cuando me descubrió; la tomé la mano, conjurándola á que calmase su desesperacion, y me pusiese en estado de serla útil: pero ella temblaba en extremo; tenia movimientos convulsivos, y al cabo de dos minutos cayó sin conocimiento. Los dolores mas vivos se lo hicieron recobrar; abrió los ojos, y apretando débilmente mi mano: Muero, Señora, me dijo, pero mo-

riré contenta si me puedo lisonjear que sepultareis conmigo mi vergüenza, y que os dignareis tener cuidado del desgraciado niño, cuyo nacimiento va á costarme la vida. Juzgad, madre mia, de mi pena: exhorté á esta infeliz á que tuviese ánimo; la prometí un secreto inviolable, y que me encargaria de su hijo; nació casi al instante, y le envolví en mis faldas. La supliqué despues que permitiese hacerla llevar á la quinta, y la exhorté á que pidiese perdon á Dios del designio que habia tenido de darse la muerte. Conozco todo el horror de este atentado, me dijo: esta criatura pide que conserve mi vida; pero si no quereis, Señora, verme volver á caer en la desesperacion, dejadme dueña de mi destino. Me siento con bastantes fuerzas para alejarme, y es muy corto el camino que tengo que hacer: todo se perderia si yo no pareciese esta noche; yo no me creia tan próxima á mi término, y la imposibilidad en que me juzgaba de poder ocultar mi vergüenza á aquellos de quienes dependo, me habia determinado á poner fin á mi vida. La Providencia ha permitido que estuviese abierta la puerta de vuestro parque, y he entrado en él sin saber á donde dirigia mis pasos; permitid que me retire al instante; muy pronto tendreis noticias de mí, y tal vez os aplaudireis algun dia por

haber socorrido á una desgraciada, que no es tan despreciable como lo parece. Al decir estas palabras sacó de su dedo un diamante muy hermoso. Dignaos guardarlo, me dijo: él servirá, si la muerte me arrebata, para hacer conocer á mi desgraciada hija: no la deis, señora, sino á quien os enseñe una sortija absolutamente semejante á la que os doy. Por mas que representé á esta jóven, que ella no estaba en estado de andar, no pude convencerla; y respetando su secreto, la supliqué que estuviese tranquila por lo que miraba á la criatura, que es una niña muy linda. Como hay bastante distancia de allí á la quinta, y yo temia algun accidente en el camino, la bauticé en precencia de su misma madre, que me suplicó la pusiese por nombre Virginia. Esta pobre madre bañó con sus lágrimas la cara de su hija. ¡Cuánta compasion me daba, Dios mio! Al dejarme, me dijo, voy sin cuidadado por lo que toca á mi hija: os conozco, señora, y sé que no puede estar en mejores manos: ella no nace de una sangre oscura, y puede ser que ántes de mucho os alegreis de haber sido tan generosa con ella. Fuése al acabar estas palabras, y me dejó en una iuquietud terrible su suerte: temo que perezca en el camino. Llegué á casa al anochecer, y habiendo subido tambien á mi cuarto por

la escalera secreta, puse á la niña en mi cama con ánimo de llamar á mi favorita para que la buscasen una ama. Juzgad cual seria mi espanto, cuando ví forzada la puerta de mi cuarto, v oí á mis criadas dar grandes gritos. Apresuréme á pasar el cuarto inmediato para saber la causa de esto: ellas se levantaron con aceleracion: una me besaba las manos, otra me abrazaba, las otras corrian por toda le casa, gritando que se habia encontrado la señora: comprendí que se habian asustado por mi ausencia, y ved aquí la razon. El Marqués, como os he dicho, habia parecido enfadado al dejarme. Como él conoce mi sensibilidad. temió que yo tomase á pechos la pequeña desazon que él me habia mostrado: queria volver atrás; pero su ayuda de cámara, que sabe cuán importante es que llegue pronto á Grenoble, le instó á que me escribiese tres leguas de aquí, y él se encargó de traerme su carta. Como le dijeron que yo dormia, y él tenia necesidad de descansar una hora, esperaron hasta este tiempo para dispertarme. Fácil es de discurrir el susto de mis gentes, cuando despues de haber llamado muchas veces, vieron que no les respondia. Diéronse prisa á buscar un cerragero, y habiendo violentado mi puerta, me buscaron por toda la casa. Fueron luego á todas las de la aldea, y cuando vi-

ne iban á encender hachas para buscarme en el parque. ¡Cuán agradecida estoy al buen corazon de estas pobres gentes! Creian que me ha-· bia sucedido algun accidente, y su gozo por volverme á ver llega á ser extravagante. Apénas encontré un momento para decir á mi favorita que cuidase de mi depósito: respondí despues al Marqués, y como temia que él quisiese saber por qué habia yo vuelto tan tarde, impuse silencio á mis criados, y á su ayuda de cámara, que temeroso de inquietar á su amo, quiso partir inmediatamente. Aquella misma noche entregó mi favorita la niña á una muger de la aldea que se encargó de criarla, y que como se la paga bien, no se inquieta por saber de quien es. Nada os digo de mi hermana: recibiréis antes de ésta una carta del Conde, porque me dice que os escribe de Turin, á donde llegaron con felicidad.

CARTA LVII.

RESPUESTA A LA PRECEDENTE.

¡En qué apuro te has hallado, querida hija mia! ¡Y cuánto debes alegrarte de tu paseo! Me estremecí al leer el parage en que me dices la desesperacion de esa muchacha, víctima sin duda de alguna loca pasion. Si todas las de nuestro

sexo pudiesen ser testigos de semejantes escenas. ¡con qué cuidado velarian sobre sus acciones! Rara vez sucede que el amor de un hombre sobreviva á la estimacion, y aun es mas raro que esta estimacion se conserve despues de haberse hecho indigna de ella por una debilidad. Qué desesperacion es entónces la de una infeliz que se vé abandouada de lo que mas quiere, y en visperas de ser deshonrada. Los hombres han hecho las leyes, querida mia, y mas culpables á los ojos de Dios que las que ellos han llegado á seducir, creen no tener nada de que avergonzarse á los ojos de los mortales. No nos quejémos de esta injusticia, que es un antídoto saludable contra el veneno de las lisonjas; pero las mas veces es inútil, porque al principio de una intriga no se puede persuadir una jóven que puede llegar hasta el crimen: se fia en su cordura presente, y solo la experiencia mas cruel la hace conocer que una muchacha que h a dado su corazon, no puede responder de sí misma. Deseo con todo el mio que el que ha causado la falta de la que has socorrido, la repare, y reconozca la criatura de que estás encargada. Apruebo mucho la caridad que con ella has tenido.

No puedo menos de reirme del susto de tus criadas, de cuyo gozo debes estar muy contenta.

Si supiesen los amos cuán grato es hacerse amar de estas gentes, se procurarian esta satisfaccion; pero la mayor parte las trata con una dureza que conmueve á la humanidad, y despues se quejan de que no los aman ni les tienen cariño. ¿Cómo quieren que piensen bien? Los envilecen á sus propios ojos por el desprecio que hacen de ellos; y si quisiesen dar su dictamen, les dirian inmediatamente, ¿quién os mete en ello? ¡Oh! qué bonita cama, decia una necia presumida á una Marquesa aun mas respetable por sus virtudes que por su rango. ¿Esta es sin duda la vuestra, Señora? No, respondió la Marquesa, es la de mi doncella. ¡Qué lástima, replicó la otra, sacrificar una alhaja como esta á semejante criatura,! Es ciertamente una criatura, respondió la Marquesa, y nosotros tambien, señora, lo somos. No veo porqué nos las representa nuestro orgullo tan inferiores á nosotros. Entre criatura y criatura, podia ella añadir, no hay mas distancia que la de una mano. Continúa, querida mia, en merecer su afecto; son nuestros hermanos menores y desgraciados, portémonos con ellos como buenos mayores. No agravémos su yugo, son ya bastante infelices. No te hablo de las penas que me ha causado nuestra separacion; conoces mi corazon, y con esto te lo digo todo. Adios.

CARTA LVIII.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

MADRE. AMADA: nadie muere de dolor supuesto que aun vivo. Un sentimiento demasiado doloroso para ser explicado, me hace conocer que estoy aun en el número de los vivos; por lo demas estoy sumergida en un absoluto aniquilamiento. He perdido hasta la facultad de quejarme. Juzgad de mi situacion por la lectura de las dos adjuntas cartas. La primera me puso en una pérdida total de mis sentidos: ¡feliz estado que me libraba de la desesperacion á que me entrego sin medida! Sí, madre mia, mis males que han llegado á su último periodo, no me dejan otro remedio que esperar que una pronta muerte: la deseo, la pido á grandes voces, ya que no me es permitido acelerarla algunos momentos. Perdonadme, Dios mio, este sentimiento que el dolor me arranca; yo me someto á vuestra Providencia por rigurosos que sean sus decretos. Endulzadlos, Señor, privándome de la luz que detesto. ¡Ah, querida madre mia, que no me sea posible espirar en vuestros brazos! Recogiendo mis últimos suspiros, recibiríais mis verdaderos sentimientos: no puedo sin milagro vivir bastante

tiempo para recibir este alivio: este papel, regado con mis lágrimas, sirva á lo menos para justificarme algun dia: protesto delante de aquel supremo Juez, á quien estoy pronta á dar cuenta de mi desgraciada vida, que muero sin haber merecido las reconvenciones de mi esposo: le perdono sus injusticias respecto á mí, y espero que Dios, protector de la inocencia, se dignará borrar el oprobio con que bajo al sepulcro. Las fuerzas me faltan; rogad por la mas desgraciada de todas las mugeres.

CARTA LIX.

DEL MARQUES A SU ESPOSA.

Si el desprecio no hubiese tomado el lugar del amor mas tierno, iria á lavar en tu sangre la afrenta que haces á mi nombre; pero te hallo indigna aun de mi venganza. Dejo al cielo, de quien te has burlado, el cuidado de castigar á la mas despreciable de todas las criaturas, y dejo para siempre los lugares que me pueden recordar mis debilidades respecto á tí. Muy pronto sabrás mi muerte, y podrás entregarte á toda tu satisfaccion al objeto de tu indigna ternura. Lo que debo á mi desgraciado hijo, me impedirá hacer pública

tu vergüenza. ¡Ojalá pudiese yo mismo ignorarla, y gozar de la ilusion en que he vivido hasta aquí! Pero el velo que te ocultaba á mis ojos, se ha caido, y ya no te miraré hasta mi último momento, que se acerca, sino como la mas débil y la mas pérfida de todas las criaturas.

CARTA LX.

OTRA DEL MISMO Á LA MISMA.

No me conocia á mí mismo, Señora, cuando me creí capaz de aborreceros; hubiera sido demasiado feliz. No, pérfida, tu infidelidad no puede arrancar de mi corazon el dardo fatal con que le has herido. Tiemblo á la vista de mi debilidad: ella precipita mi partida: el amor habla en tu favor, y procura alucinarme sobre tu crimen, ¡Oh cielo! ¡Qué seria de mí si tuviese la flaqueza de ceder á los vergonzosos movimientos que me llaman á vuestros piés! Iria con mi vuelta á suministrarte los medios de engañarme de nuevo, haciéndote conocer mi debilidad. No; la muerte me salvará de este peligro. Corro á buscarla, Señora; y voy á precipitarme en peligros en que no la podré evitar. En los horribles momentos en que soy el juguete de todo lo que el amor, la ver-

güenza y los celos pueden hacer sufrir de mas cruel, me lisonjeo hasta pensar que dareis lágrimas á mi memoria. Conocereis, pero demasiado tarde, el esposo que habeis perdido. Pero nó; el feliz amante al cual me has sacrificado, ocupa todo tu corazon, y los dos esperareis con impaciencia el momento en que mi muerte os dejará la libertad de uniros. Esta idea me oprime, y llena de amargura mis últimos momentos. Concluyo, porque ya es demasiado mostraros mi pasion. Dad á mi partida á mi muerte el pretexto que os agrade; pero si quieres agradecer el silencio que guardo respecto á tí, ejecuta mis ideas por lo que toca á mi hijo. El solo criado que conservo, te llevará muy pronto la noticia de lo que deseo sobre este artículo.

CARTA LXI.

RESPUESTA DE MADAMA DE MONTIER

A LA MARQUESA.

Muger de poca fé, ¿por qué temes? ¿Por qué olvidando todos los milagros que Dios ha hecho hasta aquí en tu favor, te abandonas cobardemente á la desesperacion? Por grandes que sean las tribulaciones de que estás rodeada, ¿puedes

olvidarte de que te hallas en las manos del Todopoderoso? Este apacigna los vientos, y puede volver en un instante la calma á tu corazon agitado. Sí, mi querida hija, esa tempestad es una prueba que el Señor te envia en su misericordia: él te halla digna de participar de su cáliz; no te hagas tú indigna de sus favores abandonándote á la desesperacion. ¿A dónde está aquella sumision á sus órdenes, aquel abandono á su voluntad? Apenas te visita su Divina Magestad, cuando te vuelves contra el ahijon. ¡Qué pobres criaturas somos nosotros, qué poco es menester para abatir nuestras fuerzas, y hacer desvanecer nuestra resignacion! Armate de valor, hija querida; tu reputacion pertenece al Señor; que éste disponga de ella segun sea su voluntad, pues sabe hasta qué grado te es necesaria: sírvate de escudo tu inocencia; el cuidado de tu justificacion le pertenece; vuelve á sus brazos, y pon en ellos á ese pobre Marques, cuyo estado es mas triste que el tuyo. Su primera carta me estremeció; pero la segunda me ha asegurado: pasados los primeros movimientos conocerá la injusticia de sus sospechas. Si fuese dueña de mis acciones, ya estaria contigo; pero tu padre está indispuesto, seria necesario instruirle de los motivos de mi partida, y la prudencia no me permite hacerle esta

confianza. Al minuto que recibí tu paquete escribí al Conde. El Marqués no tendrá fuerza para ocultarle el lugar de su retiro: yo conjuro á este querido hijo, á este tierno amigo á volar á su socorro. Conoces su estimacion y afecto por tí; vistase con el color que quiera la calumnia para parecer real, se desvanecerá en su presencia. El amor es tu abogado en el corazon del Marqués; tal vez está ya victorioso; tal vez ha llevado á tus piés á tu marido, como él mismo se temia. No sé á qué atribuir los celos que ha concebido. La aventura del Parque me ha ocurrido, pero él la ignora, v no es verosímil que haya llegado á su noticia. Sus celos son, pues, un misterio impenetrable para mí; pero de cualquier naturaleza que sean, como no son fundados, espero que no tardará el Señor en destruirlos. Envio esta carta por un propio, que traerá tu respuesta. Sepa yo por ella que mi amada hija, sumisa al Señor, besa con respeto la mano que la hiere, y que se abandona sin reserva á todo lo que este Dios misericordioso se sirva decidir sobre su suerte.

sin sal in beington white our sy

series acred beix without of these management

CARTA LXII.

DE LA MARQUESA A SU MADRE.

¡Qué humillada estoy, querida madre mia! ¡Y cuán culpable me hallo! Un gusano hecho de la nada se atreve á sublevarse contra el Arbitro soberano del cielo y de la tierra. ¿Acaso mi resignacion en la voluntad del Señor no era mas que condicional? ¿No habia yo resuelto someterme á sus decretos, mas que interin fuesen conformes á mis gustos y á mis intereses? Ved aquí, amada madre mia, las reflexiones que ha ocasionado vuestra carta. Ellas han hecho nacer en mi corazon un sentimiento de confusion inexplicable, y una sumision absoluta á todo lo que la Providencia quiera disponer de mí. Estos sentimientos no han disminuido el dolor que me causa la ausencia del Marqués; subsiste con la misma fuerza, pero no es ya un dolor acompañado de desesperacion. Apénas se ha sometido mi alma, cuando se ha hallado tranquila. Este pensamiento (la mano que me hiere, es la de un padre tierno) mezcla en la amargura en que se sumerge mi alma, un dulce consuelo que no puedo explicar. No miro ya mis penas presentes, ni las que se me preparan para lo futuro. sino como remedios propios para destruir en mi alma la confianza en las criaturas, y el letargo que produce la prosperidad. La mia era demasiado grande, y me parecia tan bien establecida, que estaba en peligro de olvidarme que dependo de mi Dios. Las adversidades nos fuerzan á levantar los ojos hácia las montañas celestiales, de donde nos pueden venir socorros inesperados. Ninguna noticia he tenido del lugar en que está el Marqués; pero ya sé el motivo de los celos que contra mí ha concebido; mi favorita acaba de recibir una carta de su ayuda de cámara. Este fiel criado es la causa inocente de todos mis males. Yed poco mas ó menos lo que la escribe.

La suplica en primer lugar que no me diga nada de su carta, y la confiesa que lo que él debe á su amo no le ha permitido ocultarle lo que pasaba en su casa mientras su ausencia. Que habia concebido grandes sospechas viéndola á deshoras cargada de un niño. Que para aclararlas habia dejado el caballo en casa de un amigo suyo, y seguido sus pasos. Que entró en casa de la nodriza de la niña, y que por los medios misteriosos que se habian usado al confiarla esta criatura, comprendió que su nacimiento era fruto de algun crimen. Que mi obstinacion en no seguir á mi esposo á Grenoble, mi ausencia, y la

dificultad que habia costado el encontrarme en tantas horas, le hicieron entrever una parte de la verdad: que sus sospechas parecieron realidades al Marqués, del que se habia apoderado la desesperacion mas violenta. Añade que la opresion no ha permitido á mi marido continuar un viaje, cuyo término ignoraba él. Que la calentura le ha detenido algunos dias en un lugar que está en el camino, y que el Marqués por sus consejos se determinó durante su convalecencia á escribir al Conde.

Este pobre criado está desesperado por haber sido la causa de que su amo dude de mi fidelidad; él me cree culpable, y llora amargamente la necesidad en que le he puesto de perderme, ó de no ser fiel á su amo. Le perdono de buena gana, y la carta de mi esposo al Conde me tranquiliza.

Estoy obligada á dejar el campo, y seguir á todo el mundo que corre á encerrarse en Chambery. La inmediacion de los españoles es la causa. El Príncipe Don Felipe, al frente de un grueso ejército, viene á Saboya; como no tenemos ninguna plaza fortificada que pueda detenerle, no se piensa en hacerle resistencia. La gente del campo está tan consternada, que falta poco para desesperarse; y á pesar de mis penas no puedo ménos de reirme de las ideas que se

han formado de los españoles. Esta mañana vino á buscarme, con las lágrimas en los ojos, la muger que tenia la niña que causa mis penas. Tomad vuestra niña, Señora, me dijo: es tan blanca y tan delicada, que estos malvados españoles se la comerian de un bocado; porque se dice que viven de carne humana, y que se comen á los niños pequeñitos. Nada pudo asegurar á esta pobre muger, á quien el espanto ha hecho perder la leche. Es pues preciso que yo haga llevar esta niña á Chambery; os confieso que me cuesta repugnancia, y me avergüenzo de ello; pero esta inocente no debe pagar la pena del mal que ocasiona. El Conde de Montjoye me ha ofrecido su casa, y la acepto gustosisima. Su esposa es amiga mia; y como es hija del Marqués de Arvillars, que ha estado mucho tiempo en España en calidad de embajador, se espera que el Príncipe atenderá á esta familia. Partirémos dentro de tres horas, y á mi llegada á Chambery os escribiré. Espero por instantes una carta del Conde.

es mendensan, por que trore ocho, hipos ca milios

bu as solotty save ab ogellar niveres number

commonde une entre de comexicamente els soumes. Un